SEGUNDO CONCIERTO DE RUBINSTEIN

Había la íntima seguridad de que Arturo Rubinstein en su concierto con la Sinfónica Nacional había dejado mucho guardado en su arca espiritual y que todo aquello saldría a relucir esplendorosamente en su segunda actuación. Tal la inquietud del público que ayer volvió a llenar el Municipal para escuchar al gran pianista polaco y tal, también, la verdad de los efectos dejados por este concierto, realizado entre ovaciones.

Arturo Rubinstein dió ayer íntegro a la interpretación de los maestros que figuraban en el programa. Si se nos permite la expresión, podemos decir que sacó la garra. Naturalmente las sensaciones dejadas en su estreno fueron superadas de modo categórico. Ayer se ha estado ante otro Rubinstein. Ante el que, en verdad, quería escucharse: sólo con su piano. Esta apreciación no dice nada en contra de la Sinfónica. No hay sino que, a los concertistas de la talla de Rubinstein siempre se les quiere ver sólos. Que los efectos musicales que ellos determinan se pronuncien por sí mismos para gozarlos en su totalidad. Y es porque ellos mismos se superan al llevar toda la responsabilidad.

El Concierto de ayer obtuvo relieves de maravillosé. Arturo Rubinstein, entregándose en cuerpo y alma a la interpretación de Bach, Beethoven, Debussy, Albeniz y Chopin, fué el artista genial que se quería escuchar. Ratificando la impresión dejada el domingo último, le elevó a lo superlativo. No creemos exagerar al hacer tal apreciación. Desde que se inició el Concierto se vió que el pianista, descansado y en su verdadera aptitud, iba a dar una de las más agradables sensaciones.

Si a través de los años, Rubinstein conserva su altísima condición de ejecutante sobrio y dueño de una depuradísima técnica, no es menos que su emotividad es de extraordinaria riqueza. Pocos pianistas, sin duda, son capaces de reflejar las inspiraciones de los genios musicales. Arturo Rubinstein profundiza de manera brillante en la belleza de los motivos y tiene una habilidad de matiz tal, que cada página la ofrece con un embrujo nuevo. Manteniendo un equilibro y ecuanimidad exactos cristaliza interpretaciones de calidad incomparable. Ese "Nocturno en fa sostenido" y aquel "en do sostenido menor" de Chopín sólo se le pueden escuchar a él. La cadencia, la profundidad temática que inspirara al autor y la plástica de su realización requieren, para cómo ayer fueron escuchadas, la presencia actuante de un temperamento capaz de ir pronunciando las frases dentro de un ritmo y una hondura que, sin prisa y sin pausa, alcancen la construcción de un edificio estético depurado. Pero si las composiciones chopinianas exigen tal efecto, la magnificencia espiritual de la "Sonata apassionata, op. 57" de Beethoven es una prueba de fuego en la cual se recorre toda la gama musical. Rubinstein la salvó de modo brillante. La interpretación se mantuvo en solidaridad concordancia con la inspiración del divino sordo y los tres apartes— "Allegro assai, Andante ma non troppo y Finale"— fueron dichos con nitidez, sentimiento y fuerza. Y esto después de haber cristalizado un ambiente de ensueño con la ejecución de la Tonata en do mayor" de Juan Sebastián Bach, en la cual el "Adagio" fué dicho, en su pianissimo, con una delicadeza mirífica.

Había justificado interés de escuchar a Arturo Rubinstein ejecutando composiciones españolas. En el programa de ayer, después de el "Preludio en la menor" y "Possions d' or' de Debussy, que dieron al pianista oportunidad de denunciar su comprensión del romántico francés, sobre todo en el Preludio, se le pudo oir "El Albaicín' y "Triana' de Albeniz, refrendadas con el obsequio de "La Danza del Miedo" de Manuel Falla. Y en las tres, Rubinstein demostró que efectivamente es uno de los pocos grandes intérpretes de los compositores hispanos. Hay en el pianista tal capacidad de intimidad con los motivos españoles que es posible suponer que en él mismo existe algo de español, quizá desde lejanos siglos. Sólo así es factible explicarse que Arturo Rubinstein consiga dar versiones tan exactas y matizarlas en la forma que ayer lo hizo con Albeniz y Falla. En esas versiones hay lo que falta en muchos ejecutantes de la música española: emoción. Una emotividad limpia de literatura intuitiva y que al ser trabajada le permite extraer los efectos en la pureza y misterioso de la inspiración del arte español.

Para mañana se anuncia el tercer concierto de Arturo Rubinstein con el siguiente programa:

1.
Barcarola op. 60, Chopín.
Dos estudios, Chopín.
Scherzo en si bemol, Chopín.

2.
Forlana, Ravel.
Alborada del gracioso, Ravel.
Nocturno (para la mano izquierda), Scriabine.
Marcha (de la ópera "El amor de las tres naranjas), Prokofieff.
O prole do bebé, H. Villa-Lobos.
a) Mulatinha.
b) Pobresinha.
c) Polichinela.

3.
La maja y el ruiseñor de "Goyescas", Granados.
Danza de la Molinera, Falla.
Evocación De la suite "Iberia", Albeniz.
Lavapies, Albeniz.
(Barrio típico de Madrid.